

## Domigo V – Tiempo Ordinario B

### La sanación se vive en el servicio

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Job 7,1-4.6-7 Me harto de dolores hasta la noche

Salmo 146: Alaben al Señor que sana los corazones destrozados

1Cor 9,16-19.22-23: ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!

Mc 1,29-39: Sanó a muchos enfermos de diversos males

### «Se le pasó la fiebre y se puso a servirles»

**E**n aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e

inmediatamente le hablaron de ella.

Él se acercó, la cogió de la mano y la

levantó. Se le pasó la fiebre y se puso

a servirles. Al anochecer, cuando se

puso el sol, le llevaron todos los

enfermos y endemoniados. La

población entera se agolpaba a la

puerta. Curó a muchos enfermos de

diversos males y expulsó muchos

demonios; y como los demonios lo

conocían, no les permitía hablar. Se

levantó de madrugada, cuando

todavía estaba muy oscuro, se

marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron

en su busca y, al encontrarlo, le dijeron: «Todo el mundo te busca». Él les

respondió: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también

allí; que para eso he salido». Así recorrió toda Galilea, predicando en las

sinagogas y expulsando los demonios.



**Palabra del Señor**

### *Primera Lectura*

Hoy el libro de Job nos lo presenta sumido en un gran sufrimiento. Delante de sus amigos desnuda su corazón, su desilusión. Ellos, que defienden una teología alejada de la vida, no pueden comprender la queja de su amigo, ni acompañarlo plenamente en su dolor. El grito de Job está presente en la vida diaria de muchos hombres y mujeres en todos los rincones del planeta, que enfrentan una vida de lucha y dificultad. Job compara su existencia con la vida de un «mercenario»: mercenario es quien vende su lucha, que libra por dinero causas que no son suyas y se fatiga por empresas que no ama.

El libro de Job, como sabemos, es una joya literaria dentro de la Biblia hebrea (de la que está tomado nuestro «Primer Testamento»). Es una reflexión sapiencial sobre ese problema irresoluble, o mejor, sobre ese misterio eterno, que es «el mal». El misterio del mal, su presencia injustificada en el mundo, ante la cual necesitamos justificar también a quienes podrían resultar implicados por la existencia del mal. A Dios, en primer lugar. En efecto, la «teodicea» o disciplina filosófica que trata de mostrar la existencia de Dios, trata en realidad de «justificar» a Dios –como expresa la etimología misma de la palabra–.

Lo importante del libro de Job no son sus «datos históricos» (que no existen, pues no es un libro histórico), ni las respuestas de tipo explicativo que quisiera dar sobre el dolor humano (que estarían hoy absolutamente sobrepasadas), sino la sabiduría que encierra en sus reflexiones.

En efecto, la ciencia avanza cada día, y no tiene sentido estudiar hoy óptica en la obra de Newton por ejemplo, que fue uno de sus fundadores, pues, como ciencia, su obra está hoy enteramente sobrepasada. Pues bien, si en ciencia avanzamos mucho, avanzamos muy poco en sabiduría –que no está en el mismo plano de la ciencia–; hoy, la humanidad, en efecto, sigue viviendo de la sabiduría de personajes como Confucio, Buda, Sócrates, Jesús... En realidad no hemos sobrepasado aquella sabiduría fundamental adquirida hace ya tres mil años... Esta constatación nos permite escuchar y leer el libro de Job, para seguir rumiando su sabiduría.

### *Segunda Lectura*

Pablo, de manera parecida a Job, se encuentra en una discusión acalorada con sus interlocutores, en la comunidad de Corinto, en la que hay grupos o fracciones que critican y cuestionan su autoridad (v.3). Pablo responde haciendo una defensa radical de su misión y declara su absoluta libertad frente a toda manipulación o poder humano. No se declara miembro de un movimiento o representante de alguna institución, sino como un hombre “obligado a cumplir una tarea”. En el imperio Romano era común la práctica del clientelismo, en la cual el

benefactor se convertía en patrón de quien recibía sus beneficios. El apóstol desea dejar en claro la pureza de su mensaje, que no está vendido a ningún “cliente”, ni moldeado por ningún interés personal (v. 17-18). Esta libertad en Cristo, le permite al apóstol ser un servidor de los demás. No teme amoldarse a las condiciones de vida de los destinatarios de su mensaje: judíos, seguidores de la ley o rebeldes a ella, débiles. Pablo anuncia así el Evangelio de la libertad que no se matricula con la rigidez, ni hace el juego a ningún interés particular o sectario, sino que es capaz de entrar en diálogo con la diferencia y de llegar a “todas” las realidades humanas, como una Buena Noticia del amor de Dios.

## *Evangelio*

**E**sto es precisamente lo que hace Jesús en el evangelio de Marcos: entrar en la vida de las personas, ser uno de ellos en su cotidianidad. El domingo pasado, lo vimos sanando a un endemoniado. Hoy, lo acompañamos con Simón y Andrés a la casa de Pedro. La casa, el lugar íntimo donde se comparte el techo, la mesa. Allí se encuentra con una anciana enferma, la suegra de Pedro. Jesús se acerca, la toma de la mano y la levanta. Un gesto tan simple como es el acercarse y tomar de la mano, hace el milagro de recuperar a esta mujer, que no sólo recupera su salud, sino su capacidad de servicio. Al atardecer muchos vinieron a buscarlos, y relata el evangelista que Jesús continuó con sus curaciones. Era común en la época de Jesús que los enfermos fueran tenidos por malditos o poseídos por espíritus malos, de manera que eran alejados, excluidos y nadie se atrevía a acercarse a ellos. Jesús, al contrario, se entrega con amor y dedicación a su cuidado, siendo su servidor.

La práctica de curación, la lucha contra el mal, es decir, la praxis liberación del ser humano... es la práctica habitual de Jesús. Tan importante como hacer el bien, es evitar el mal, y luchar contra él: dar la vida en la tarea de procurar la paz, la salud, el bienestar, la felicidad... a todos aquellos que la han perdido. Ser cristiano es, entre otras muchas cosas, luchar contra el mal, no quedarse de brazos cruzados, o ensimismado en los propios asuntos, cuando vivimos en un mundo con las cifras escalofriantes de pobreza y miseria que hoy padecemos.

«Anunciar hoy el Reino» no es cuestión de solo palabras; exige simultáneamente construirlo con los hechos. La «evangelización», la nuestra, ha de ser como la de Jesús. Su «anunciar» la buena noticia no es cuestión de transmitir simplemente información religiosa... sino de hacer, de construir, de luchar contra el mal, de sanar, curar, rehabilitar a los hermanos, ponernos a su servicio, acompañar y dignificar la vida, que en todas sus manifestaciones es manifestación de la mano creadora de Dios.

## *La salvación es “casera y familiar”*

Que Pablo trabajara por su propia cuenta significaba para muchos de sus adversarios una manera de eludir los impuestos; pero no, porque las razones de su conducta tienen que ver con el anuncio de la Buena Nueva; es una misión “por recomendación” del Crucificado-resucitado que lo liberaba de cualquier otra obligación civil. “Si yo lo hiciera por propia iniciativa recibiría recompensa; pero si no, es porque se me ha confiado una misión”. Pablo entendía muy bien que no podía ser cristiano sin ser apóstol: “no tengo por qué presumir de anunciar el evangelio, pues esa es mi misión ¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!” Esa pasión por el anuncio del evangelio fue su segunda naturaleza; y no recibir un salario fue su recompensa, porque la gratitud y la alegría con el amor de Dios y el servicio a los hermanos fue su única deuda, compartir el evangelio. Así la predicación no era solo de Palabras sino una forma de vivir, un comportamiento diferente y radical: “Aunque no estoy sujeto a nadie, me he convertido en esclavo de todos, para ganarlos a todos. Todo lo hago por el evangelio para participar yo también de sus bienes”. Si fue convertido al Crucificado resucitado, lo fue para el servicio de sus hermanos.

## *Como ocurrieron las cosas*

Después de haber sanado a un hombre in-mundo (manchado por el mundo), ante los discípulos en el espacio religioso y público de la sinagoga, Jesús va a casa de la suegra de Pedro, acompañado de su hermano Andrés, además de Santiago y Juan.

La segunda necesidad e interés de la Palabra de Dios, después de la institución, sinagoga-iglesia, corresponde a la familia. Casa, levantar, tomar de la mano y servir, están en relación con la enfermedad que ataba al enfermo sin dejarlo caminar, lo atormentaba y ofuscaba como una posesión maligna. Todo lo anterior significaba la “fiebre”. La tomó de la mano, encuentro personal, y la levanta (en el equivalente griego significa resucitar), haciendo memoria de la resurrección de Jesús). La mujer sanada se puso a servirles” (evangelio). Jesús simplemente le compartió su misión “Pues el Hijo del Hombre no vino a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por todos” (Mc 10,45). Una nueva responsabilidad para “los pescadores de hombres “es sanar la familia”

Esta acción de Jesús está cargada de sabiduría psicológica porque el servicio es la mejor expresión de salud mental o madurez humana, comenzando por la familia. El signo como siempre va dirigido a los discípulos para que sigan comprendiendo lo que quiere decir: “ser pescadores de hombres” con el poder de la palabra.

Las sanaciones, exorcismos, es la palabra de Jesús ante el sufrimiento humano producido por la cultura, son afrontados por el anuncio del Reino que viene de la predicación; como respuesta al grito sufriente en Job por él y su familia, quien

representa al sufrimiento de la humanidad en busca de una sanación personal, por la palabra, como hizo Jesús desde la familia. El mundo poseído por el mal es lo que le impide al hombre ser feliz, desde Job hasta la cruz, como victoria sobre el sufrimiento. “Al acostarme pienso ¡Cuándo será de día! la noche se alarga y me canso de dar vueltas hasta que amanece. Mis días corren más a prisa que una flecha y se consumen sin esperanza. Recuerda Señor, que mi vida es un soplo. Mis ojos no volverán a ver la dicha” (primera lectura)

Jesús siente la necesidad de salir a un lugar tranquilo para descansar de la actividad del día anterior. En el contexto de la oración Jesús presenta el programa para los próximos días: “vamos a los pueblos cercanos, para predicar también allá el Evangelio, pues para eso he venido” y recorrió toda la Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando a los demonios (Evangelio).

## *El sentido y el valor de la enfermedad*

*Papa Francisco, Ángelus, Plaza de San Pedro, febrero 8 de 2015*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. Mc 1,29-39) nos presenta a Jesús que, después de haber predicado el sábado en la sinagoga, cura a muchos enfermos. Predicar y curar: esta es la actividad principal de Jesús en su vida pública. Con la predicación anuncia el reino de Dios, y con la curación demuestra que está cerca, que el reino de Dios está en medio de nosotros.

Al entrar en la casa de Simón Pedro, Jesús ve que su suegra está en la cama con fiebre; enseguida le toma la mano, la cura y la levanta. Después del ocaso, al final del día sábado, cuando la gente puede salir y llevarle los enfermos, cura a una multitud de personas afectadas por todo tipo de enfermedades: físicas, psíquicas y espirituales. Jesús, que vino al mundo para anunciar y realizar la salvación de todo el hombre y de todos los hombres, muestra una predilección particular por quienes están heridos en el cuerpo y en el espíritu: los pobres, los pecadores, los endemoniados, los enfermos, los marginados. Así, Él se revela médico, tanto de las almas como de los cuerpos, buen samaritano del hombre. Es el verdadero Salvador: Jesús salva, Jesús cura, Jesús sana.

Tal realidad de la curación de los enfermos por parte de Cristo nos invita a reflexionar sobre el sentido y el valor de la enfermedad. A esto nos llama también la Jornada mundial del enfermo, que celebraremos el próximo miércoles 11 de febrero, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes [...].

La obra salvífica de Cristo no termina con su persona y en el arco de su vida terrena; prosigue mediante la Iglesia, sacramento del amor y de la ternura de Dios por los

hombres. Enviando en misión a sus discípulos, Jesús les confiere un doble mandato: anunciar el Evangelio de la salvación y curar a los enfermos (cf. Mt 10,7-8). Fiel a esta enseñanza, la Iglesia ha considerado siempre la asistencia a los enfermos parte integrante de su misión.

«Pobres y enfermos tendréis siempre con vosotros», advierte Jesús (cf. Mt 26, 11), y la Iglesia los encuentra continuamente en su camino, considerando a las personas enfermas una vía privilegiada para encontrar a Cristo, acogerlo y servirlo. Curar a un enfermo, acogerlo, servirlo, es servir a Cristo: el enfermo es la carne de Cristo.

Esto sucede también en nuestro tiempo, cuando, no obstante las múltiples conquistas de la ciencia, el sufrimiento interior y físico de las personas suscita fuertes interrogantes sobre el sentido de la enfermedad y del dolor y sobre el porqué de la muerte. Se trata de preguntas existenciales, a las que la acción pastoral de la Iglesia debe responder a la luz de la fe, teniendo ante sus ojos al Crucificado, en el que se manifiesta todo el misterio salvífico de Dios Padre que, por amor a los hombres, no perdonó ni a su propio Hijo (cf. Rm 8, 32). Por lo tanto, cada uno de nosotros está llamado a llevar la luz de la palabra de Dios y la fuerza de la gracia a quienes sufren y a cuantos los asisten, familiares, médicos y enfermeros, para que el servicio al enfermo se preste cada vez más con humanidad, con entrega generosa, con amor evangélico y con ternura. La Iglesia madre, mediante nuestras manos, acaricia nuestros sufrimientos y cura nuestras heridas, y lo hace con ternura de madre.

Pidamos a María, Salud de los enfermos, que toda persona experimente en la enfermedad, gracias a la solicitud de quien está a su lado, la fuerza del amor de Dios y el consuelo de su ternura materna.

## *A la puerta de nuestra casa*

*José Antonio Pagola*

**E**n la sinagoga de Cafarnaún Jesús ha liberado por la mañana a un hombre poseído por un espíritu maligno. Ahora se nos dice que sale de la «sinagoga» y marcha a «la casa» de Simón y Andrés. La indicación es importante, pues en el evangelio de Marcos lo que sucede en esa casa encierra siempre alguna enseñanza para las comunidades cristianas.

Jesús pasa de la sinagoga, lugar oficial de la religión judía, a la casa, lugar donde se vive la vida cotidiana junto a los seres más queridos. En esa casa se va a ir gestando la nueva familia de Jesús. En las comunidades cristianas hemos de saber que no son un lugar religioso donde se vive de la Ley, sino un hogar donde se aprende a vivir de manera nueva en torno a Jesús.



Al entrar en la casa, los discípulos le hablan de la suegra de Simón. No puede salir a acogerlos pues está postrada en cama con fiebre. Jesús no necesita más. De nuevo va a romper el sábado por segunda vez el mismo día. Para él, lo importante es la vida sana de las personas, no las observancias religiosas. El relato describe con todo detalle los gestos de Jesús con la mujer enferma.

«Se acercó». Es lo primero que hace siempre: acercarse a los que sufren, mirar de cerca su rostro y compartir su sufrimiento. Luego, «la cogió de la mano»: toca a la enferma, no teme las reglas de pureza que lo prohíben; quiere que la mujer sienta su fuerza curadora. Por fin, «la levantó», la puso de pie, le devolvió la dignidad.

Así está siempre Jesús en medio de los suyos: como una mano tendida que nos levanta, como un amigo cercano que nos infunde vida. Jesús solo sabe servir, no ser servido. Por eso la mujer curada por él se pone a «servir» a todos. Lo ha aprendido de Jesús. Sus seguidores han de vivir acogidos y cuidándose unos a otros.

Pero sería un error pensar que la comunidad cristiana es una familia que piensa solo en sus propios miembros y vive de espaldas al sufrimiento de los demás. El relato dice que, ese mismo día, «al ponerse el sol», cuando ha terminado el sábado, le llevan a Jesús toda clase de enfermos y poseídos por algún mal.

Los seguidores de Jesús hemos de grabar bien esta escena. Al llegar la oscuridad de la noche, la población entera, con sus enfermos, «se agolpa a la puerta». Los ojos y las esperanzas de los que sufren buscan la puerta de esa casa donde está Jesús. La Iglesia solo atrae de verdad cuando la gente que sufre puede descubrir dentro de ella a Jesús curando la vida y aliviando el sufrimiento. A la puerta de nuestras comunidades hay mucha gente sufriendo. No lo olvidemos.